

“Tú me IMPORTAS, por eso estoy

ROSANA PALOMARES MAS. Educadora social de la Fundación Ángel Tomás. Valencia

Bajo mi humilde punto de vista y, bajo el paraguas de nuestra profesión de educadores/as a la que me enorgullece pertenecer, siento la necesidad de volcar todos mis esfuerzos en trabajar por conseguir una sociedad mejor, una sociedad donde todos, sin exclusión, podamos vivir dignamente. Es el momento de concentrar esfuerzos e innovar y permitirnos el lujo de soñar, entendiendo que la educación es cosa de todos.

Pero quiero y necesito confiar en el cambio de la sociedad; deseo con todas mis fuerzas una sociedad “más humana y comprensiva”. Una socie-

dad que ofrezca oportunidades reales de integración, de participación, de comprensión, de igualdad de oportunidades, de aceptación de las diferencias... ¡Hoy más que nunca!, ya que nos encontramos ante una sociedad marcada por una crisis generalizada y que ha de afrontar el reto de asumir el compromiso de educar para construir un mundo mejor.

Y es que entiendo la palabra educar desde el sentimiento, desde el interior, en definitiva desde el corazón. El mundo está enfermo, y la forma de curarlo es a través de la educación, pero no una educación como transmisión de información y conocimientos, sino una educación

afectiva, emocional, sentimental, trascendental y espiritual.

Se trata de educar desde el afecto, el corazón, la comprensión, el saber hacer y estar, la sencillez, el respeto, la tolerancia, la motivación, las ganas por cambiar el mundo, la ilusión, los conocimientos, la historia de vida propia y la de los demás, la honradez, la humildad... En definitiva, educar pensando en, para y por las personas con las que trabajamos.

Siendo sincera he de reconocer que soy más bien *blandengue* porque me dejo llevar por el corazón y me entusiasmo con cada nuevo proyecto, con cada idea, con las historias de vida de cada uno de los jóvenes con los que cruzamos camino y que además... ¡me apasiona lo que hago! Si de algo estoy plenamente convencida, es que cuando deje de entusiasmarme, simplemente dejaré de hacerlo... ya no será mi lugar.

Tengo la gran suerte de que todavía hoy, después de casi cinco años en mi trabajo, siento... no sabría muy bien cómo expresarlo... pero sería algo así como una extraña mezcla de *temor, preocupación, ilusión, responsabilidad, miedo*... No sé si alguna vez lo has sentido tú, pero es como



aquí”

una especie de gusanillo o nudo en el estómago, que a veces impide que la saliva fluya con ligereza.

¡Sí, justo eso!, veo que me entiendes, es eso que te hace permanecer atento, que mantiene vivo tu entusiasmo por desempeñar lo mejor posible tu trabajo, que te hace seguir luchando por aquello en lo que crees y por estar ahí, junto al otro, en sus momentos difíciles y en los no tan difíciles. Creo que se asemeja a una lucha interna, entre aquello que quieres y aquello que realmente deseas.

Casualidad o no, siento algo parecido cuando algún joven se incorpora a nuestro recurso, cuando se establece el vínculo que nos ayuda a conectar, cuando consigue aquel objetivo que creía inalcanzable, *cuando se separan nuestros caminos, cuando alza el vuelo y cuando nos sigue encontrando ahí...*

Reconozco que jamás imaginé que durante este tiempo, pudiera aprender todo lo que estoy aprendiendo. Y es que, alrededor de estos jóvenes se arremolinan una ingente cantidad de expectativas, retos, prisas, inseguridades, vivencias, sueños...

En este trabajo lo que importa realmente es el sentimiento, la forma de vivir tu responsabilidad en el trabajo, creer en lo que haces, creer en el cambio; en definitiva, creer en los jóvenes y en sus posibilidades, que no son pocas.

Todos necesitamos en algún momento de nuestra vida sentirnos acompañados, queridos, aceptados y entendidos. Tenemos que hacer ver a los jóvenes que nos preocupamos por ellos, que nos interesa su situación, que nos importan... escucharlos incondicionalmente (atender a un chaval exige tomar una opción clara por él, cualquiera que sea su conducta, porque él no se agota en ella). Desde esta perspectiva educativa, tanto jóvenes como educadores y educadoras aprendemos en un ejercicio recíproco educativo, a través de una relación de igualdad y no de desigualdad (cosa que en ocasiones me resulta difícil de aplicar en mi labor profesional).

Digo bien alto que me preocupan, ¡sí!, me preocupan los jóvenes ex-tutelados con los que trabajo y no me molesta decirlo porque de verdad, me importan, sino, no esta-

ría aquí. Es tal el vínculo que se establece fruto de la estrecha convivencia, que es casi imposible no sentir preocupación y temor, pero a la vez ilusión, cuando llega el momento de la salida.

Confío no solo en el trabajo educativo que realizamos, porque la educación es una tarea fascinante, sino también en las bazas que los jóvenes se llevan consigo y que seguramente les ayudarán a desenvolverse como “uno más”.

Me considero una persona inquieta, preocupada por los problemas sociales, por el bienestar de los demás, motivada para seguir mejorando y aprendiendo. Considero que todo momento es educativo y bidireccional.

Me encanta lo que hago, siento mi trabajo cada día y percibo las dificultades como retos. En mi idea de Educación Social no solo encuentro una profesión, tengo que añadirle pasión; ambas se complementan y conforman mi estilo de vida.

“Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida...”

¡Eso es lo que hice!